

SIR STEVE STEVENSON

# Agatha Mystery

LA PERLA DE BENGALA



Agatha Mistery, aspirante a detective con un olfato extraordinario, rueda por el mundo con el chapucero de su primo Larry, su fiel mayordomo y el gato Watson para resolver los misterios más intrincados.

LA PERLA DE BENGALA: La fabulosa perla de Bengala ha sido robada del templo de la diosa Kali, y el guardián de la preciosa joya parece haberse desvanecido en la nada. Los primos Mistery hacen las maletas y suben al primer avión hacia la India. Allí los esperan su excéntrico tío Raymond y un encuentro con serpientes y tigres feroces...

## Participantes

### ***Agatha***

Doce años, aspirante a escritora de novela negra; tiene una memoria formidable.

### ***Larry***



Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.

### ***Mr. Kent***



Ex boxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.

***Watson***



Pestilente gato siberiano con el olfato de un perro conejero.

***Tío Raymond***



Fotógrafo naturalista y hábil encantador de serpientes.

## Destino: India. Golfo de Bengala



### Objetivo

Recuperar la famosa perla de Bengala, una joya muy valiosa robada en el templo de la diosa Kali, en la región del Gan-

ges.

Dedicado la memoria de Steve Irving  
Doy las gracias a Enzo Samaritani y Parama Karuna Devi, que realizan actividades sociales y escolares en la región de Orissa, por sus valiosas informaciones sobre India y su increíble diversidad cultural.



## Prólogo. Empieza la investigación

Un sábado por la mañana, a mediados de octubre, Larry Mystery se abrió paso entre los paraguas surgidos de la nada tras un inesperado chaparrón. En pocos minutos, Londres se había transformado en la metrópoli gris, sucia y fangosa de las novelas de Dickens.

Con catorce años, y flaco como un fideo, Larry era un adolescente como tantos otros, excepto por la extraña profesión que había elegido. Estudiaba para detective, aunque decía a todo el mundo que seguía un curso por internet para sacarse un diploma de márketing.

Sólo algunos miembros de su familia sabían la verdad, y entre ellos estaba su prodigiosa prima, Agatha Mystery.

—¡Ay, perdone! —dijo a una señora que se había parado ante el escaparate de una tienda de pelucas.

En su agitación, había golpeado el bolso de piel de gamuza de la señora, el cual, a consecuencia del choque, se le había desprendido y había caído en medio de un charco de color verdoso. Larry se apresuró a recogerlo, lo limpió con un gesto rápido y se lo devolvió.

—¡Mire, ahora está como nuevo! —la tranquilizó con una ligera sonrisa avergonzada. Luego, prosiguió su camino sin prestar atención a las airadas protestas que se alzaban tras él. Sus amigos lo esperaban en la bolera de Hastings Street, y las agujas de su reloj señalaban ya veinte minutos de retraso.

Como de costumbre, Larry Mystery se lo había tomado con calma. Se había despertado muy tarde, había dado unos mordiscos a un trozo de pizza fría mientras escuchaba

música rap y había salido de su ático, en el último piso del Baker Palace, sin comprobar las condiciones atmosféricas.

Un error imperdonable en un londinense como él.

El temporal lo había pillado desprevenido. Primero había buscado cobijo bajo el toldo de una tienda, esperando que se tratara de una simple llovizna estacional. Pero la lluvia había empezado a caer cada vez con más fuerza, y Larry no se podía permitir perder más tiempo. Echó a correr y sólo se detuvo cuando necesitó atravesar un cruce con tráfico. Para entonces ya estaba empapado de los pies a la cabeza.

Semáforo rojo en Richmond Avenue, a tres esquinas de distancia de su objetivo.

Para recuperar el aliento, Larry se apoyó en una barandilla de hierro forjado. A lo mejor, sus amigos ya estaban calentando para el tradicional partido del sábado... Pero, entonces, ¿por qué todavía no lo habían llamado para preguntarle dónde se había metido?

Este pensamiento le hizo palidecer.

—¡Oh, ostras! —gimió. Registró nerviosamente los bolsillos de sus pantalones. Aparte de unos cuantos peniques, estaban vacíos. Entonces palpó el extremo de su bandolera, donde normalmente llevaba sujeto su valioso artefacto.

Parecía extrañamente ligero. Demasiado ligero.

Efectivamente, tampoco allí encontró lo que buscaba.

—¿Dónde lo he dejado? —gritó muy nervioso.

En la Eye International, la prestigiosa escuela para detectives donde estudiaba, había una única regla que se debía respetar: *no separarse nunca de las herramientas del oficio*. Y no se trataba del clásico equipo de investigador compuesto por lupas, micrófonos, transceptores y detectores varios. Todas esas funciones (y muchas más) estaban incluidas en un único dispositivo ultratecnológico llamado EyeNet.

Si había perdido su artilugio de última tecnología, Larry se había metido en un buen lío. Siguió palpando la ropa

mojada por la lluvia, moviendo los brazos como un pulpo. Entre tanto, el semáforo se había puesto verde, y desde el otro lado de la calle llegó una nueva oleada de paraguas saltarines.

Sin moverse de la acera, Larry se llevó una mano a la frente y trató de reconstruir mentalmente los acontecimientos de la noche anterior. Había jugado con la Wii en el apartamento de Clarke y había vuelto a casa hacia medianoche, muerto de sueño. Se había dejado caer en el sofá, con el televisor encendido y aún vestido, y se había dormido. Pensándolo bien, no recordaba que hubiese colgado el EyeNet en el gancho que había sobre el sofá. Y esto sólo podía significar una cosa...

—¡Clarke! —exclamó, en voz tan alta que los peatones que transitaban asomaron cautelosamente sus cabezas de debajo de los paraguas—. ¡Me lo dejé en el apartamento de Clarke!

Larry avanzó hacia la calzada de Richmond Avenue sin percatarse de que el semáforo había vuelto a ponerse rojo. Un estruendo de cláxones y bruscos frenazos acompañó su travesía, que milagrosamente no provocó un rosario de choques en cadena.

El policía que dirigía el tráfico le llamó la atención con su silbato. Larry ni siquiera giró la cabeza. El ansia por recuperar el EyeNet había puesto alas a sus pies.

Cinco minutos después llegó sin aliento a la bolera de Hastings Street y buscó a Clarke con la mirada. Todas las pistas estaban ocupadas, y se oía el sordo estruendo de las bolas que rodaban por el parque.

Larry pasó por delante del sofá en el que estaban sentados sus amigos sin ni siquiera dirigirles el amago de un saludo. Invadió la pista y dio un tirón al chaleco de Clarke justo cuando éste iniciaba su lanzamiento. La bola dibujó una trayectoria en diagonal y acabó en el carril lateral.

Cero puntos en el marcador.

—¡Larry! —se enfadó Clarke—. ¡Iba a conseguir un *strike* y lo has mandado a la porra!

—¿Sabes dónde está mi..., eh..., mmm..., móvil?

—¡Lo dejaste en mi casa!

—Bien; quiero decir, mal —dijo muy serio el joven detective—. ¿Podemos ir a buscarlo? ¡Ahora!

—¡Mírate, Larry! ¡Estás hecho un desastre! —intervino el antipático de Mallory, con su pelo ensortijado que le caía por encima del jersey de marca.

Clarke y sus amigos se rieron por lo bajo.

Larry sabía perfectamente que estaba hecho un desastre: notaba su pelo pegado a las mejillas, la ropa le goteaba como un grifo averiado y sus zapatos dejaban marcas de barro en el suelo.

—Tranquilo, lo tengo aquí —dijo Clarke hurgando en su bolsa—. Es el móvil más grande que he visto jamás: un monstruo de móvil. ¿No va siendo hora de que lo cambies?

Larry pasó por alto la burla y exhaló un suspiro de alivio.

—¡Uf, gracias, pero no puedo hacerlo! Es un regalo de mi padre y le tengo mucho cariño —mintió mientras apretaba el EyeNet con el puño cerrado como si quisiera ocultarlo. Luego tamborileó con los dedos sobre una bola y añadió con desenvoltura—: ¡Muy bien, dejad que me seque y os haré picadillo!

Camino de los vestuarios, Larry introdujo rápidamente el código en el EyeNet para activarlo. Se había quedado en *standby* durante medio día, y podían haber llegado comunicaciones urgentes de la escuela.

Una sintonía capaz de romper cualquier tímpano rasgó el aire. Tal como el chico había sospechado, en la pantalla centelleaba de forma insistente el símbolo de la Eye International: ¡los mensajes de la escuela superaban ampliamente la decena!

Larry se limitó a leer el último de la lista, y una exclamación desesperada escapó de su boca:

—¿*Calcuta*? ¿En la India? ¡Sólo Agatha me puede sacar de este aprieto!

Sus amigos lo vieron salir corriendo como un rayo. Me-  
nearon sus cabezas y volvieron a jugar: estaban acostum-  
brados a las rarezas de la familia Mystery.

## 1. Una reunión inesperada

En Mistery House, una vieja mansión de tejado azul que dominaba un inmenso parque en la periferia de Londres, había un infernal crujido de techos, ventanas y vigas de madera. Durante los temporales, la casa se transformaba en un lugar muy tétrico. Las corrientes de aire penetraban en las grandes habitaciones y resonaban por los pasillos como murmullos de fantasmas inquietos.

Pero los actuales residentes no se dejaban atemorizar fácilmente. Para Agatha Mistery, una jovencita de doce años, pequeña y con aspecto siempre alegre, aquellos ruidos siniestros creaban un ambiente mágico y sugestivo.

En aquel momento, Agatha escuchaba en silencio la lluvia que repicaba contra la ventana de su habitación, como si llamase para entrar. Pasado un rato, bajó de la cama con dosel y cogió del escritorio su libreta y un bolígrafo luminoso.

—Es un día ideal para escribir —susurró a Watson, su blanquísimo gato siberiano—. Pero primero veremos una buena película. ¿Qué te parece?

El gato maulló satisfecho, disfrutando de una agradable caricia bajo el cuello, y luego la siguió a la sala de cine, en el sótano.

Allí encontraron a mister Kent, el mayordomo de Mistery House, que estaba introduciendo una bobina en el viejo proyector.

Mister Kent había sido peso pesado y tenía la barbilla cuadrada y unos hombros anchos como una secuoya.

Aquella tarde vestía también su impecable esmoquin y tenía el pelo reluciente de laca.

—¿Qué película ha elegido, miss Agatha? —preguntó cortésmente cuando la vio entrar.

La chica se quedó en la puerta.

—Tendría que documentarme sobre los espías de la guerra fría para mi nuevo cuento, pero estoy algo indecisa —contestó mientras se acariciaba la punta de su pequeña nariz respingona.

Aquel sencillo gesto la ayudaba a pensar.

—¿Qué la hace dudar, señorita?

Ella buscó las palabras adecuadas.

—¿Recuerdas la película que mamá y papá me enviaron desde Nueva York? —preguntó—. ¿Sería de mala educación que la viésemos antes de que vuelvan?

Mister Kent carraspeó.

—Ahora están en la India, miss Agatha —replicó—. Estarán ocupados al menos durante una semana.

—La conferencia mundial sobre energías renovables, ¿verdad?

El mayordomo asintió lentamente y volvió a manipular el proyector.

—Podrá verla sin prisas en los próximos días, señorita —añadió.

Agatha no estaba convencida y decidió dirigirse a Watson, que mientras tanto curioseaba entre las polvorientas cajas.

—¿Tu qué prefieres, gatito? —le preguntó.

Como en un acto reflejo, el gato saltó fuera de una caja y puso una pata sobre un rollo solitario que había debajo de la mesa.

Todavía estaba dentro de su embalaje. Otro regalo de mamá y papá.

Agatha y mister Kent intercambiaron unas desconcertadas miradas.